

EL SAUCE DE TESEO

Otokoari

EL SAUCE DE TESEO



OTOKOARI

Capítulo 1

PRÓLOGO

A las afueras de una ciudad al sur de Inglaterra, en el campo, donde las carreteras de asfalto se desvanecen para dar lugar a caminos irregulares de tierra, había un pequeño pueblo. Allí, en ese lugar que todos han imaginado pero pocos han visto, estaba Anne, reconociendo un paisaje que no había contemplado en mucho tiempo. Gilbert, su esposo, había querido acompañarla, pero ella le pidió que la alcanzara con su hija al día siguiente, pues algo dentro de ella le decía que debía hacer esto sola.

—Sus llaves, Srta. Anne —exclamó el agente de bienes raíces con una sonrisa estudiada en el rostro, mientras el sudor escurría sobre su traje azul marino—. ¿Está segura de que no quiere que le muestre la casa?

—No es necesario —respondió ella, tomando las llaves que le ofrecía. En el tono de su voz, Anne adivinó su cansancio y sus ganas de no dar un paso más que no lo acercara a su automóvil, estacionado unos kilómetros más abajo—. Conozco bien el lugar.

El hombre asintió y, después de estrechar su mano, se dio la vuelta. Anne lo miró alejarse hasta que se perdió de vista. Sabía que al agente no le importaban en lo más mínimo sus asuntos. Lo más probable era que pensara que había logrado engañarla, vendiendo lo que él consideraba un basurero por una cantidad que, en cualquier otra circunstancia, hubiera sido injusta. Sin embargo, aquella propiedad tenía para Anne un valor que no podía traducirse en ninguna cantidad conocida por el hombre ni descrita en un frío cheque bancario. Cuando salió del puerto, volviendo a casa, una parte de ella deseaba encontrarse con su antiguo maestro. Sin embargo, de él no quedaba ningún rastro, y cuando se enteró de que iban a demoler el lugar, supo que tenía que comprarlo y salvar el recuerdo de la familia que había cuidado de tantos huérfanos como ella alguna vez fue.

Giró con timidez y allí, asediada por las inclemencias del tiempo, estaba la casa del Sauce. El nombre se lo habían puesto sus anteriores propietarios, el Sr. y la Sra. Oliver, inspirados por un viejo árbol que durante muchos años estuvo en el lugar de la casa. Era una sencilla edificación de madera, cuyos cimientos descansaban sobre la cumbre de una colina tapizada por una sinfonía de flores y largas hierbas verdes que crecían a su alrededor. Una fría y refrescante corriente de viento la impulsó a avanzar. Recuerdos felices la asaltaron. Ella solía correr y jugar allí; por eso conocía cada agujero traicionero, cada perturbación en el camino y cada sendero escondido. Se dejó guiar por la memoria de sus pasos, llenando sus pulmones de la fragancia floral y sintiendo la brisa de un ocaso moribundo. Mientras subía, su cabeza giró instintivamente a la izquierda,

como si aún pudiera percibir el aroma de las fresas recién cosechadas. Pero allí solo quedaban los rastros de una huerta abandonada y el fantasma de Elena Oliver recogiendo frutos imaginarios.

Llegó con rapidez a la cima, pero no pudo evitar detenerse en seco frente a la puerta. El deteriorado estado de la casa casi la hizo dudar de si había comprado el lugar correcto, poniendo en entredicho todos sus recuerdos. Sin embargo, aquellas tejas de ladrillo enmohecido, las tablas de madera llorando humedad y hasta las piedras desordenadas que conducían hacia la entrada eran las mismas que, tantos años atrás, la pareja había usado para edificar lo que debió haber sido su eterno hogar. Levantó su mano, las llaves tintinearón, y abrió la puerta podrida por los años. El aroma a soledad invadió su nariz mientras una pesada melancolía humedecía sus ojos. Le tomó solo un segundo darse cuenta de que la duda que sentía no era por las diferencias, sino por el perpetuo estado de parálisis en el que se encontraba todo. Allí, el tiempo se había detenido y, mientras sus ojos escudriñaban el lugar, recordó una lección distante impartida por el Sr. Oliver: "El cambio es parte de la vida, pues todo aquello que no se mueve, todo lo que permanece estático, está indudablemente muerto". Así, todo parecía congelado, como si la casa del Sauce esperara que alguien continuara su historia.

Sobre la mesa de la cocina había un par de platos y tazas, aún esperando por la cena que nunca llegó. En la sala estaba el sillón hundido por el uso y el escritorio con borradores inconclusos de Edward Oliver. La cama, destendida de un lado. El buró izquierdo, el de Elena, decorado con sus novelas favoritas de Jane Austen; y el derecho, el de Edward, brillando por el vacío.

Anne dio un recorrido por la casa, deteniéndose en aquellos objetos que le despertaban toda clase de memorias. Nada faltaba, todo estaba allí. Hubiera sido perfecto e impoluto si tan solo el polvo y las hormigas no hubieran reclamado el vacío y el perpetuo olvido como su reino. Todo estaba exactamente como lo recordaba, excepto por un pequeño detalle. Allí, a la derecha de la chimenea, había un estante que debería estar sosteniendo la modesta biblioteca de Edward. Casi podía verlo, con sus lentes circulares y una sonrisa, mientras buscaba el libro que respondía a sus infantiles e insistentes preguntas. Cuando era niña, la cantidad de títulos que el Sr. Oliver poseía parecía inmensa e inacabable. Recordaba muy bien sus enciclopedias que describían y mostraban, con cuidadosos dibujos, tantos temas: desde los gigantescos dinosaurios que colmaron la tierra hasta los pocos misterios que se han descubierto del insondable océano, e incluso las infinitas galaxias que se expanden más allá de cualquier frontera. Por otro lado, había cuentos de terror que Edward sacaba para aterrorizar a los niños cuando los vientos de octubre comenzaban a soplar. Había novelas de aventura y policiacas, biografías y ficciones, e incluso historias de amor, aunque Elena era la verdadera autoridad de este género, especialmente cuando se trataba de Jane

Austen, su autora favorita. Igualmente, había mitología de muchas culturas, con una gran mayoría de Grecia. Finalmente, en el último extremo del estante, estaban aquellos textos escritos por él. Estos eran los favoritos de Anne, pues, además de que parecían reunir a todos los demás libros para conversar a través de su inspiración, Edward siempre incluía el nombre de ella o el de los demás niños que lo escuchaban mientras devoraban las tartas de fresa de Elena.

La nostalgia amenazó con romper su corazón. De todo lo que permanecía estático, ¿por qué la ausencia de libros era lo único que había cambiado? Su impotencia se tradujo en un golpe que se estampó contra el estante. Inmediatamente, su atención fue capturada por el estruendo sordo de un objeto que alguien había colocado entre el librero y la pared. Anne se inclinó para tomar un libro negro de pasta dura, cuya portada escribía en cuidadosas letras doradas: El sauce de Teseo, por Edward Oliver.

—A ti no te conozco —susurró, mientras apartaba el polvo. Luego, con una incontenible curiosidad, lo abrió, solo para encontrarse con unas hojas sueltas que, si no fuera por sus reflejos, se habrían resbalado a través de las amarillentas páginas. Al instante, Anne reconoció la letra en tinta negra de su antiguo maestro. Sin poder apartar los ojos de las palabras, se desplomó en el sillón. Rápidamente, descubrió que aquellas páginas constituían un recuento de la vida de Edward Oliver.

Capítulo 2

I: UNA HISTORIA DE AMOR MAL CONTADA

Mi historia fue, es y terminará siendo como cualquier otra: paradójica y contradictoria, como un oxímoron. Por un lado, idéntica en lo universal y, al mismo tiempo, diferente en lo particular. Idéntica en nuestro breve paso por el mundo, en el amor que alguna vez sentimos y el odio con el que lo confundimos; en la calma que viene después de la tormenta y la angustia de la que muchos no pueden presumir haber escapado. Pero diferente en la forma en que cada uno de nosotros experimenta el mundo y congenia con los hombres y mujeres que nos crean, determinan y modifican, a veces a conciencia y casi siempre por inercia. Por la experiencia, que solo viene con los años, entendí esto en aquella historia que leí por error en un diario ajeno hace tiempo y que demerité catalogando como el origen de mi existencia.

Se cuenta que, en el año de 1886, en Devonshire, tuvo lugar un terrible escándalo que sacudió los cimientos del ancestral hogar de los Cavendish. La culpa, por supuesto, había recaído en un joven capitán de infantería, de cuya procedencia solo se sabía con exactitud que venía de Londres. Él había llegado a Devonshire por la propia invitación de Lord Cavendish, que tenía un gran interés por sus habilidades y había tomado la decisión de impulsar su carrera militar. Aunque es importante decir que el diario subrayaba que esto lo hizo más por el ego de sentirse magnánimo al elevar a alguien sin nombre que por el verdadero propósito de ayudar. Al principio, aunque solo en público, todo el séquito aplaudió la acción de Lord Cavendish, llenando al joven capitán de cumplidos llenos de admiración por haber superado las atroces condiciones con las que nació. No dudo por un momento, y en esto yo y el diario estamos de acuerdo, que para aquellas personas el capitán fue un circo estupendo que sin duda usaron para vanagloriarse. Sin embargo, aquellas personas son muy conocidas por proteger los límites de las categorías, y no es poco común que, cuando alguien amenaza su privilegiada posición, las alabanzas sean reemplazadas por insultos disfrazados de cumplidos vacíos. Si la amenaza continúa, son capaces de ser tan salvajes y violentos como cualquier otro ser humano, sin importar la condición de su nacimiento.

Aquí entra a la narración la hija mayor de Lord Cavendish. Ella, por su parte, reunía todos los requisitos que la nobleza admiraba. Bailaba con una envidiable gracia, tocaba el piano, recitaba poemas con una sensibilidad admirable, pintaba y cualquiera que la conociera daba fe de su inmensa inteligencia al hablar y su prudencia al callar. Lady Cavendish, ya en edad de buscar marido, tenía solo un defecto: se pensaba a sí misma como alguien liberal y aventurera. Aquella estima fue semilla para que entablara una amistad con el capitán y brasas para el infierno que se desencadenó cuando decidió que quería casarse con él. El día que le

comunicó a sus padres su deseo, se dice que los gritos de Lord Cavendish fueron tan violentos y los llantos de su esposa tan desesperados que incluso la gente del pueblo los escuchó como un murmullo. En ese momento, todos los favores de Lord Cavendish hacia el capitán se transformaron en sentimientos de odio y venganza. En cuanto a su hija, se habló de mandarla a un convento hasta el momento en que él decidiera sobre su matrimonio, e incluso el hermano menor de Lady Cavendish retó al capitán a un duelo al amanecer, como a menudo hacen los caballeros al sentirse impotentes, pero la madre lo prohibió. No tanto por la seguridad de su hijo, sino por considerar al hombre como algo tan por debajo de ellos que permitirlo sería una humillación para su distinguido apellido. Por supuesto, la pareja no aceptó tales condiciones y, movidos por la pasión de un amor juvenil, decidieron huir y casarse en secreto para vivir en otra parte donde pudieran ser libres. Aquel escándalo fue muy resentido por la familia; por lo tanto, Lord Cavendish intentó borrar cualquier prueba de que alguna vez hubiera tenido hija. Así, la quitó de su testamento, tachó su nombre de la Biblia familiar y quemó sus retratos y vestidos. En cuanto al capitán, no fue sorpresa que su carrera militar se estancara y perdiera cualquier oportunidad de avanzar tanto en rango como en dignidad.

Me gustaría decir que aquello no importó, que a la pareja le bastó el cariño que cultivaron en un hermoso pueblo al norte del país, que esta es una historia de amor. Sin embargo, las cosas no sucedieron así. Fui yo, nacido el 3 de enero de 1892, lo único que salió de ese desafortunado y fugaz arranque de pasión entre mi padre, el capitán de infantería George Oliver, y mi madre, Lady Lidia Cavendish.

Mi infancia fue, por así decirlo, complicada. Muchos niños sufren de violencia; en mi caso, puedo considerarme afortunado, pues solo fui ignorado. Y es que, entre todas sus peleas, había poco tiempo para dedicarle a su hijo. Recuerdo, sobre todo, el frío, pero constante resentimiento que mis padres se profesaban. Por su parte, las ambiciones de mi padre se esfumaron cuando perdió su rango y se vio obligado a trabajar en una mina cercana para mantener a su familia. En cuanto a mi madre, ella comenzó muy pronto a extrañar los lujos de su antigua vida cuando descubrió que no era tan liberal y aventurera como se creía. Casi puedo ver a George apestando a alcohol, balbuceando que para entonces ya sería coronel si tan solo no se hubiera casado, y a Lidia paseándose con los pocos vestidos que aún poseía por los sucios pisos de la choza que llamábamos hogar. Mi padre muchas veces le insistió en que los vendiera, pero ella nunca lo consintió, e hizo bien, ya que su fijación por el alcohol y el juego ya dejaban poco para nuestro sustento. Al final, pudo más el hambre de George y la superficialidad de Lidia que su orgullo combinado. Así, después de varias discusiones, ambos se vieron resignados a humillarse ante mi abuelo pidiendo su perdón y ayuda. Lord Cavendish, para su sorpresa, accedió, pues su dignidad le impedía siquiera imaginar que una hija suya, incluso después de haberla repudiado, viviera casada con un pobre minero. No obstante, nunca aceptó a mi madre ni a su

familia. Así que tuvimos que conformarnos con una "mansión modesta", como ella solía llamarla. Entonces Lidia volvió a lucir vestidos nuevos e incluso asistir a una que otra reunión y bailes celebrados por la alta sociedad de la aristocracia nortea. Por supuesto, ninguno de ellos volvió a aceptarla, no del todo, por lo menos, pues el escándalo de su matrimonio sería una mancha que la acompañaría el resto de su vida. En cuanto a mi padre, después de esto lo vi poco, ya que comenzó a viajar mucho al ser reinstaurado en el ejército británico como oficial en el regimiento de un coronel, amigo de Lord Cavendish. Esto parecía una bendición para ambos, ya que podían fingir que el otro no existía y evitarse en las pocas ocasiones en que el destino volvía a reunirlos.

Este conocimiento lo adquirí del diario de mi madre y de lo que pude observar, pero, a decir verdad, no puedo decir que yo haya conocido a mis padres. Desde que tengo uso de razón, siempre evité llorar, replicar o mostrarme inconforme. Sabía que cualquier intento de congeniar con ellos era inútil, pues en sus ojos, cuando me miraban, podía notar que era yo la personificación exacta de su arrepentimiento. Por eso, cuando mi abuelo se apiadó de ellos, fui criado por una institutriz que no tenía el menor interés en hacer más de lo que su trabajo ameritaba. Durante muchos años, mi única compañía fueron los personajes que emanaban de los libros que encontré abandonados en un rincón de la casa. No eran muchos y debieron haber pertenecido al dueño anterior, pues al abrirlos podías respirar sus años; aun así, fueron suficientes para salvarme porque descubrí que, incluso estando atrapado, uno puede ser libre soñando. Allí me enamoré de la mitología griega, de las novelas de aventura, de la poesía, de las historias de amor y de los cuentos de terror. Los devoré como si mi vida dependiera de ello y los releí hasta el cansancio, y cuando ya empezaba a memorizarlos palabra por palabra, decidí empezar a escribir mis propias historias, todas ellas inconclusas e infantiles, pero sin lugar a dudas honestas. Entre las páginas de los libros y los trazos de carbón sobre la hoja encontré una manera de expresar mi verdad. Así escribí varias odas a mi dolor, le grité a mis padres todo lo que alguna vez me hubiera gustado decir, modifiqué mi pasado con la feliz fantasía de que fui apreciado, me describí amigos para sentirme escuchado y tracé mi futuro hacia lugares donde mi angustia era tan solo un mal sueño. Por fortuna, la suerte tenía para mí un destino que ni en mis más bellos y optimistas relatos podría haber imaginado.

Tenía ocho, cuando en un arranque de dolor, decidí huir de mi casa. Llené mi mochila con pan y dulces de la alacena y salí de la casa de mi madre con la intención de nunca volver. El camino, como si todo estuviera planeado, me llevó a una colina delimitada con flores blancas y un gigantesco sauce emanando desde la cresta. Fue allí, acurrucada entre las raíces, junto a una canasta repleta de tartas de fresa y absorta en su dibujo, donde conocí a Elena Wright. No lo sabía en ese momento y me arrepiento de nunca habérselo dicho, pero siempre consideré aquel día como mi verdadero cumpleaños. Fue allí de pie en lo alto de una colina

donde conocí lo que es ser amado.

Elena Wright ya era hermosa cuando yo la conocí. Su rostro era claro y terso, solo acompañado de unas diminutas pecas que recordaban a las chispas de una hoguera. Al mismo tiempo, su cabello iba a juego, largas llamas rojizas nacían de su cabeza para desbordarse sobre sus esbeltos hombros y continuar su camino hasta el final de su espalda. Sus ojos azules a menudo parecían fríos y a esto contribuía su semblante que incluso de niña ya era considerado como serio. Aun así, siempre me pareció que eso hacía que sus ligeras sonrisas y aquellos breves momentos donde sus ojos se encendían con emoción fueran más hermosos. Me quedó claro, desde la primera vez que me dirigió la palabra, que no existía un corazón más dulce que el suyo.

—¿estás perdido? —fue lo primero que me preguntó cuando bajo su cuaderno al percatarse de mi presencia. En efecto, yo estaba perdido, aunque no como ella imaginaba. Aun así, solo le bastó una mirada para entender mi corazón. Entonces me dio lo que yo más ansiaba, su amistad. Me invitó a sentarme junto a ella y, mientras compartíamos las tartas de fresa que solía hacer con su madre, hablamos durante horas hasta que la luz del sol amenazaba con extinguirse. Caminamos juntos de regreso, ambos a extremos del camino, y nos separamos en la coyuntura que separaba nuestras casas con la promesa de volver a vernos al día siguiente a la misma hora. Yo había salido esa mañana con la intención de nunca volver, de todas formas allí estaba yo regresando a casa. Cuando llegué encontré que no había sido extrañado.

—pensé que estabas en tu recámara —exclamó mi madre con su usual tono seco, sin despegar sus ojos del libro que tenía entre sus manos. Aquello me hubiera dolido en cualquier otro día. Sin embargo, mi soledad parecía más soportable cuando recordaba que no muy lejos de allí vivía Elena, mi amiga.

Capítulo 3

2: LOS WRIGHT

A menudo me encontraba volviendo al pie del sauce. A veces no tenía suerte y esperaba en vano a que ella apareciera, aunque nunca me aburría, pues aprovechaba para escribir versos e historias. Cuando la suerte me sonreía y nuestros caminos se cruzaban, hablaba con Elena durante horas. El tema nunca importaba en realidad, ya que nunca, en todos nuestros años de habernos conocido, agotamos las palabras que teníamos por decir. Pronto no tuve que esperar de nuevo, pues acordamos un horario para vernos, y así, tan fácil y sin aparente esfuerzo, encontré en ella a mi primera lectora y mi más grande crítica. Se acomodaba entre las raíces del árbol y me escuchaba con atención mientras comía las tartas de fresa que su madre le daba para el camino. Incluso, a veces, si mi narración era entretenida, la sorprendía haciendo bosquejos de mis escenas y personajes. Con la misma paciencia e interés, yo la observaba pintar. Era excepcional, incluso para la niña de seis años que era cuando la conocí. Tenía una forma de ver el mundo que amenazaba los límites entre lo real y lo mágico. Era capaz de descomponer cualquier forma en sus figuras más esenciales, entendía la luz, la oscuridad, el movimiento del agua, la invisible fuerza del viento, los tonos del fuego, las protuberancias de la tierra y la profundidad del ser humano a un nivel tan cósmico, sensorial, empírico y tan natural como el respirar. Yo, poeta, y ella, pintora, nos hicimos amigos al instante, quizá por la facilidad con que nuestras formas de expresión, traducidas en arte, se conjugaban. Ella dibujaba paisajes conocidos e inventados, personajes nunca antes planeados, y yo los llenaba con aventuras y trasfondos. Al mismo tiempo que plasmaba mis narraciones y sus actores en esencia, ella abstraía de mi imaginación al papel, con sangre de carbón, su verdadera apariencia.

En ese momento, y a pesar de que no nos veíamos tan seguido, ya era feliz. Su amistad, su seriedad y honestidad eran más que suficientes para mí. Aun así, las bendiciones del evento fortuito de conocer a Elena no acabaron allí. Unos meses después de conocerla, fui invitado a la casa de los Wright. Resultó que eran nuestros vecinos. Vivían a un par de kilómetros de nosotros. Elena me guio por un hermoso camino, flanqueado por flores y árboles frondosos, cuyas ramas dejaban pasar la luz de un sol dorado. La casa de los Wright carecía del soberbio estilo y la elegancia blanca que tanto admiraba mi madre. Por mi parte, jamás había visto algo tan hermoso. Era rústica y de ella emanaba un delicioso, pero tenue, olor a fresa. Estaba hecha a partir de maderas oscuras, tenía hermosas puertas redondas con un picaporte dorado en el centro y el techo pintado con varios tonos de verde, lo que hacía que toda la casa se confundiera con el paisaje, como si la familia viviera en las entrañas de las

colinas. En la entrada de la casa, Elena me presentó a su padre, Martín Wright, un hombre alto y fornido con un semblante amable, sentado en una mecedora con los ojos perdidos en el horizonte. Después de saludarlo, conocí a su esposa Catherine y, más tarde, a sus hermanos mayores: Hubert, el primogénito, dos años mayor que yo, y John, con quien compartía edad. Allí, en la casa de los Wright, siempre fui recibido con una calidez que hasta ese momento solo había visto en los libros, y aun así, aquellas ficciones se quedaban cortas. Eran una familia feliz, muy unida y llena de amor, a la que frecuenté tantas veces como me fue posible. Yo, ajeno a ellos, observaba incomprensible a Martín jugar durante horas con sus hijos y a Catherine peinar y acariciar el cabello rojo de su hija. Aquel calor era terrible, contrastante con la perpetua gelidez que reinaba en casa de mis padres. El señor Wright fue el primero en notarlo. Con tan solo una mirada le bastó para adivinar mis carencias y lo que yo más añoraba. Aún me pregunto qué pasaba por su cabeza en ese momento. Él pudo haberlo ignorado; después de todo, yo no era su problema y no tenía ninguna responsabilidad conmigo. Pero no lo hizo: me quiso como un padre, y por inercia, Catherine como madre. Me dieron la bienvenida, y allí también encontré en Hubert y John a mis hermanos. El hogar de los Wright se convirtió en mi refugio, y pasé cada momento que pude allí.

Con el paso del tiempo los fui conociendo cada vez más. Martín era doctor, un hombre de ciencia muy respetado y querido por todo el pueblo, pues era conocido por su carácter altruista, siempre dispuesto a enseñar, ayudar y resolver los problemas de la gente. Catherine era una mujer sencilla y amable, contenta con manejar su casa y aficionada a la repostería. Sus tartas de fresa, que cosechaba en un pequeño huerto detrás de su casa, eran legendarias en su comunidad. Hubert era un torbellino de rebeldía que hacía rabiar a su padre y preocupar a su madre. Era galante con las mujeres, aunque siempre le costó trabajo tener ojos para una sola. Le gustaba su libertad y siempre vivió su vida al máximo sin un aparente arrepentimiento. John era de carácter fuerte y reservado, sumamente determinado y fiel a sus ideas, tanto que a veces parecía insensible cuando las defendía. A pesar de esto, era muy perceptivo con las emociones de los que lo rodeaban. En cuanto a Elena, mi Wright favorita, ella parecía reunir las mejores cualidades de su familia: altruista como su padre, sencilla como su madre, libre y determinada como sus hermanos y, aun así, original, hermosa como solo ella misma podía ser.

A mi edad, uno no tiene más que sus memorias, por eso les agradezco a los Wright por darme tan buenos momentos. Las aventuras que tuve junto a ellos son vastas y las recuerdo con extremo cariño. Todas las veces que acompañé a Martín a hacer sus rondas, cuando me perdí toda una noche en el bosque con John, las muy seguidas borracheras con Hubert o cuando Elena y yo ayudábamos a Catherine a hacer sus tartas para las fiestas parroquiales. Sin embargo, mis momentos favoritos nunca dejarán de ser aquellos en los que, a petición mía, decidimos hacer un círculo de escritura. Por supuesto, en aquel lugar donde renací, rodeados de flores

blancas, debajo del sauce. Los mundos que creamos, las historias que vivimos, las risas, los llantos y las horas que pasamos entre esas ramas, los tengo muy presentes, y cada vez que la vida me remonta a ellos, no puedo evitar mostrar una sonrisa triste en el rostro, pues aunque nunca volverán y todos los que se sentaron a mi lado a escribir ya no están, aun los siento vivos en mi memoria.

Todos teníamos una voz muy específica a la hora de redactar. A Hubert le gustaban las historias de aventuras donde el protagonista, un pirata llamado Blackwright, era un héroe valiente y atrevido, viajando por el mundo siempre en busca de nuevos retos y fugaces romances, solo obedeciendo al viento que impulsaba su bergantín, conocido por todo marinero como el Poseidón. John, a pesar de ser el más serio de nosotros, solía escribir historias torpes y divertidas que a menudo nos hacían partirnos de risa. Él solía involucrarnos en sus narrativas, aunque le daba un giro: lanzaba una moneda que decidía si nuestro personaje viviría o moriría en el siguiente cuento. Claro está que, sin importar el desenlace, el personaje de John, muriera o viviera, siempre lo hacía como un héroe. Supongo que esas eran las ventajas de ser tan cercano a su autor. En cambio, a Elena, que amaba los libros de Jane Austen, le gustaba escribir historias de amor donde el hombre, después de rechazar a la mujer, se daba cuenta de su error y emprendía una odisea para recuperarla. Yo siempre me enorgullecí de no casarme nunca con ningún género. Dejaba que mi humor definiera y guiara mi pluma. A veces escribía sobre el amor solo para ser criticado por Elena; otras, sobre aventuras que ocurrían en el mundo del capitán Blackwright. Nunca escribí como John, pues eso se lo dejé siempre al profesional. Sin embargo, en cada uno de mis escritos dejé una parte de mí que daba fe del amor, la lealtad y el agradecimiento que sentía por mis amigos.

Como es natural, comenzamos a crecer y elegimos destino. Hubert fue el primero en irse a la universidad a estudiar medicina, como Martín. Luego le seguíamos John y yo. Por supuesto, y para sorpresa de nadie, yo quería estudiar literatura. Pero todo quedó en duda cuando recibí una carta de mi padre, el ahora capitán George Oliver. Solo tener el sobre entre mis dedos hizo que me sintiera enfermo. ¿Por qué ahora? Me pregunté si, después de todo, aquel hombre nunca había tenido ningún interés por mí. Por fortuna, Elena no estaba lejos. Ella fue quien me quitó la carta y la abrió. Sus ojos bailaron entre las palabras mientras crecía una mueca de disgusto en su rostro. Al final, me la devolvió, y comprendí su enojo: no había ningún mensaje, era solamente una carta de recomendación suya para unirme al ejército. Me apena decir que por un momento dudé, y Elena, que me conocía a la perfección, se dio cuenta.

—Edward, solo quiero que sepas —exclamó con el rostro encendido— que si no estudias literatura, no podré verte a los ojos nunca más.

Así de fácil, ella me devolvió a la tierra, me regresó mis sueños y renovó mi motivación completa. Tiré la carta al fuego y me inscribí en la Universidad de Oxford. El día que me fui, los señores Wright me acompañaron al tren. Martín estrechó mi mano y me dijo que estaba orgulloso, Catherine besó mi mejilla después de darme un bocadillo para el camino y Elena, mi dulce Elena, rompió en llanto y se lanzó a mis brazos.

—No me olvides, Edward Oliver —me dijo, sujetándome con una fuerza violenta.

—Nunca —le respondí, intentando ser fuerte, rogando porque aquel momento durara al menos un segundo más. Cuando por fin me soltó, me entregó una pequeña caja.

—Para el camino. La hice yo misma —el silbato del conductor rompió el aire. Mis piernas no se movieron. Yo quería irme y aun así quedarme, pero el tiempo no se detiene. Elena me empujó para que me diera prisa, y sin darme cuenta ya estaba en mi asiento, mirando por la ventana. Allí estaba Elena, mi mejor amiga, sonriendo y llorando, ondeando su mano, despidiéndose de mí. El tren se puso en marcha y la perdí de vista. Me desplomé en el asiento con los ojos vidriosos, puestos en el último regalo de Elena Wright. Entonces, el familiar aroma de la dulzura entró por mi nariz, y sin necesidad de abrir la caja, supe lo que había dentro.

Capítulo 4

3: MI MEJOR AMIGA

Mi tiempo en la Universidad de Oxford pasó más rápido de lo que imaginé. Allí, rodeado de gente afín a mí, comprendí que la profundidad de la mente humana es tan finita como infinita. Entendí que no hay tal cosa como una idea original, sino una forma original de replantear lo que muchos antes de nosotros ya han dicho. Experimenté en cuerpo y alma la individualidad de mis compañeros, de mis profesores y, al mismo tiempo, nuestra universalidad como humanos. Estuve decidido a ocupar todo mi tiempo. Colaboré con varios periódicos literarios, a veces como escritor y otras como editor. Participé en ponencias y debates e incluso fui parte del club de oratoria. Hasta me uní al coro, aunque me sacaron al poco tiempo porque cantar nunca fue lo mío. Por supuesto, cumplí mi promesa y siempre mantuve una correspondencia semanal con mi querida Elena. Ella siempre me pedía detalles de todo lo que pasaba en mi vida y yo esperaba con ansias los dibujos que me enviaba, acompañados de su voz tatuada en tinta negra sobre el papel. Fueron días buenos donde aprendí más de lo que nunca imaginé. Por desgracia, se vieron interrumpidos por una funesta noticia. La carta de Elena llegó más rápido que el correo oficial. Mi madre, Lidia Oliver, murió el 12 de diciembre de 1913. Un buen hijo debería llorar ante tal noticia, pero yo no derramé ninguna lágrima. No lo hice cuando leí la carta, no lo hice cuando Elena me abrazó en la estación de tren, no lo hice cuando la sepultaron y no lo hice cuando de ella solo quedó una lápida con su nombre. La respuesta, aunque triste y dolorosa, era sencilla: no la amaba. Me engendró, pero no era mi madre.

Me tomé un respiro de mi educación para poner sus asuntos en orden. Ayudado por Elena, John y Martín, puse sus amados vestidos en cajas junto a sus joyas y las envié, con sus retratos, a la dirección de su hermano, el ahora Lord Cavendish. Apenas habíamos terminado cuando un hombre abrió la puerta. Me costó trabajo reconocerlo después de tanto tiempo, pero allí estaba el Capitán George Oliver mirándose en un espejo, pues, aunque a ambos nos duela admitirlo, yo, su hijo, era su copia exacta. No venía solo; una mujer embarazada lo acompañaba, colgada de su brazo, observando cada rincón de la casa como si ya estuviera planeando cómo remodelarla. Adiviné al instante lo que seguía a continuación: mi padre me notificó con una cortesía seca que esta ya no era mi casa, sino de la nueva familia que estaba por comenzar. Sus ojos fríos no habían cambiado ni un poco; recordaba esa mirada desde la niñez. Cuando me veía, no había rencor ni tampoco decepción, solo era lo que siempre había sido para él: un estorbo. Tuve que detener a Elena, que estaba dispuesta a defenderme con toda su furia, diciéndole que no valía la pena. Después de todo, esa nunca había sido mi casa. Yo

pertenecía con ella, con los Wright.

Volví a mis estudios y tuve la oportunidad de viajar para completar mi tesis sobre los cuentos populares. Conocí Francia, España, Italia y Alemania. Hice amigos por el mundo y recopilé, de la boca de sus ancianos, su tradición. Mi nueva tarea me recordó a los libros que una vez me salvaron de mi soledad, aquellas historias que me hicieron viajar hasta los confines más recónditos de la tierra. Fui afortunado, pues pude ver, con el vigor y la curiosidad de la juventud, un pequeño segmento del mundo. Así trabajé incansablemente, escuchando y tomando nota de las historias de los pueblos que visité, siempre intentando ver qué había detrás de ellos, tratando de develar la motivación que hacía del cuento algo popular, el verdadero valor que la gente le daba y las consistencias que presentaba con otros cuentos de regiones cercanas. Al final, cuando estuve conforme, regresé a Inglaterra cargado de un tesoro en forma de letras, de las cuales algunas aún me sé de memoria. Poco tiempo después me gradué y obtuve mi título en literatura. De inmediato, me puse en camino para compartir mi éxito con las personas que más quería en el mundo. Volví a casa, donde los Wright ya tenían un cuarto preparado para mí. Hubert, también graduado como médico, ya llevaba un par de semanas allí y John había regresado de Edimburgo tras terminar sus prácticas de arquitectura. Hacía años que no estábamos todos juntos y eso me emocionaba. Saludé afectuosamente a Martín y a Catherine. Sin embargo, cuando me acerqué a Elena, parecía incómoda, incapaz de verme a los ojos. Ella siempre fue muy directa, pero en este caso le tomó un largo rato decirme lo que no pudo escribir en una carta: estaba comprometida.

No era un mal hombre; un carpintero que había tomado clases con nosotros cuando éramos niños. Aun así, la noticia me cayó como un balde de agua fría. Ella me miró expectante, esperando una reacción mía.

—Es una excelente noticia, muchas felicidades —exclamé terriblemente confundido. Nunca tuve que forzar mis sentimientos cuando se trataba de Elena, pero esta vez, y para mi sorpresa, me obligué a sonreír.

—Gracias —susurró mientras desviaba su mirada decepcionada hacia una ventana cercana.

Aquella noticia me enajenó durante una semana entera. Por primera vez, Elena y yo parecíamos desconectados el uno del otro, incluso llegando al punto en que ambos buscábamos evitarnos y solo nos dirigíamos las palabras justas para convivir en la misma casa. Sentía un atroz peso en el pecho y, al mismo tiempo, un vacío en el estómago. Me sentía enojado y más triste que nunca. No obstante, no podía ponerle nombre a la razón de mi malestar. Me apena decir que se necesitaron otros siete días y la

intervención de John para darme cuenta de lo obvio.

—¡Idiota! —me gritó un día John, harto de mi melancolía—. Mis padres lo saben desde hace mucho tiempo. Hubert y yo lo sabemos desde hace años. ¿De verdad eres tan estúpido que no ves lo obvio? Elena te ama y podría apostar mi mano derecha a que tú sientes lo mismo.

Elena había sido mi mejor amiga tanto tiempo que no alcancé a entender la evolución de mis propios sentimientos. No pude comprender que la felicidad que sentía en el pecho cada vez que la veía sonreír, que la paz que experimentaba cuando aspiraba el aroma a fresa de su rojizo cabello, que mi necesidad inherente de no tomar una sola decisión sin antes preguntar su opinión, era porque la amaba. Amaba a Elena por sobre todas las cosas y escuchar de la boca de su hermano que era correspondido desató un terremoto dentro de mí. Me maldije, pues sin la franqueza de John, yo hubiera sido tan torpe como para aceptar que el amor de mi vida se casara con otro hombre. Fui un tonto, pero al fin sabía cuál era la respuesta que Elena esperaba cuando me dijo que estaba comprometida y tenía que decírselo. Mis piernas se movieron con una rapidez sobrehumana; crucé sin descanso arroyos, praderas y campos hasta que mis ojos la reconocieron. El ocaso, con sus tonos naranjas y amarillos, brillaba detrás de ella y sus cabellos rojos volaban en el aire mientras cosechaba fresas. Giró y nuestras miradas se encontraron; sus ojos azules, acompañados por sus pecas como brasas calientes, se encendieron imaginando mis intenciones. Jadeante, me aproximé a ella y tomé sus manos.

—Elena, por favor, no te cases. Te amo; siempre lo he hecho, desde que me encontraste perdido a los pies de un sauce, y siempre lo haré hasta que exhale mi último aliento. Aunque el sol deje de calentar y lo verde muera; aunque la luna deje de reinar sobre la noche y el sonido de la marea sea solo un triste recuerdo. Amo tu sonrisa, amo tu sensibilidad, amo tu inteligencia, amo tus manos, amo tus tartas de fresa, amo los recuerdos de cuando eras niña, amo la mujer que eres ahora, amo cómo pintas el mundo con mil colores. Te amo y no quiero que pase un solo día en que no te quede claro que, de todas las incertidumbres que la vida ha puesto en mi camino, tú siempre has sido mi más grande certeza —empecé con un jadeante susurro y, a medida que continuaba desnudando mi alma ante la única persona que conocía cada parte de ella, comencé a hablar más fuerte, con una voz quebradiza, cargada de una emoción incontrolable que amenazaba con estallar y destruirme si no la dejaba salir. Nunca he sido tan sincero como aquel día; nunca había querido nada con todas mis fuerzas como casarme con Elena Wright.

Durante el breve momento que tardó en reaccionar, imaginé lo peor; la espera fue una tortura. Yo estaba a punto de disculparme, pero no fue necesario. Se lanzó a mis brazos y, por primera vez, probé los labios de Elena Wright en un beso que desarmó y armó, todo a la vez. El aire sopló

y supe que lo nuestro era como aquellas historias de amor que escribía: predestinado y eterno.

—Pensé que nunca lo dirías —susurró después de separar nuestros labios. Los dos reímos y, mientras el día moría y la noche nos sorprendía, exploramos la paz que vivir con la verdad otorgaba.

Elena devolvió su anillo y rompió su compromiso al día siguiente. Martín nos levantó a los dos en un abrazo y Catherine no paró de llorar ni un momento desde que nos vio entrar a casa tomados de la mano. Hubert y John nos felicitaron y sacaron un par de botellas de vino con la intención de celebrar toda la noche. Por supuesto, todos coincidieron en que la celebración debió haber tenido lugar muchos años atrás, pero mejor tarde que nunca y más cuando del amor se trata. Un mes después, había llegado el día de la boda; la celebramos en casa y allí, rodeados de campos de fresa, Elena y yo bailamos toda la noche, incapaces de quitarnos la mirada de encima. Su peso contra el mío es algo que aún me despierta de mi letargo. Entonces recuerdo esa noche cuando, recién casados, recibimos el amanecer fundiéndonos entre las sábanas con el fuego de una desmedida y sincera pasión.

Es extraño cómo las cosas parecen llegar cuando las necesitas, pues en esas fechas, mientras buscábamos opciones para mudarnos, hubo una poderosa tormenta que sacudió puertas y ventanas, rugiendo con el estruendo de violentos truenos que desgarraban el cielo. A la mañana siguiente, explorando los alrededores, encontramos que el sauce, en lo alto de la colina, había sido abatido por un rayo. El estruendo debió haber sido vigoroso, pues era un árbol gigantesco que ahora yacía partido a la mitad sobre el suelo. Solo las raíces calcinadas quedaban clavadas en la tierra. Elena y yo nos quedamos largo rato allí, rememorando los buenos tiempos que habíamos tenido en ese lugar: cuando nos conocimos, las miles de pláticas que tuvimos y las historias que escribimos.

—No tiene por qué terminar así —exclamó con el rostro iluminado. Fue idea de Elena convertir el dolor en esperanza, la muerte en vida. Decidimos que nuestra casa debería yacer allí, en lo alto de la colina. Con la ayuda de nuestra familia, tomamos al derrotado sauce y lo transformamos en tablones para volver a colocarlo en su legítimo lugar. Así, con nuestro hogar terminado, comenzamos a vivir entre sus raíces.

Capítulo 5

4: Tempus Fugit

Nuestros primeros años de matrimonio fueron un sueño idílico. Yo solía despertar antes, besaba la frente de Elena y me ponía en camino a mi trabajo como maestro en una escuela cercana que habían abierto junto a un orfanato. Ella despertaba con los rayos del sol en su rostro, dibujaba por la mañana y hacía el almuerzo por la tarde. Al llegar, comíamos juntos, disfrutando de nuestra compañía, como siempre hablando de temas que parecían inagotables. Siguiendo la tradición de Catherine Wright, sembramos sobre la colina unos arbustos de fresa que Elena atendía con diligencia y, a diario, replicaba con idéntica exactitud las tartas de su madre. A veces, cuando estaba cansado de tener mi nariz metida entre páginas, yo le ayudaba. Sin embargo, la mayoría del tiempo me la pasaba en la sala, escribiendo mis cuentos, poemas y alguna que otra novela. Cuando la terminaba, se la mostraba a Elena para que me diera su comentario, e incluso, si la historia le gustaba lo suficiente, ella solía ilustrar mis textos. Al final, cuando la obra estaba terminada, viajábamos juntos de la mano para mandarla por correo a mi editor en la capital, un buen amigo de mis tiempos en la universidad.

Podría parecer que nuestra casa permanecía silenciosa, solo conociendo el sonido de nuestras pisadas o el tacto de nuestras manos. En realidad, teníamos muchas visitas. Poco después de que empecé a trabajar, me di cuenta de cuánto me llenaba la docencia, y más para niños que habían tenido la mala fortuna de haber perdido a sus padres. Podría decir que mi motivación para enseñarles todo lo que pude nacía de un genuino sentimiento de altruismo, pero sería mentira. La verdad es que, en cada uno de ellos, me vi reflejado. Me encontré en sus inseguridades, en su soledad, en su abandono, en sus sueños y emociones. De alguna forma, algo dentro de mí me dijo que si yo podía ayudarlos, entonces terminaría por sanarme a mí mismo. Tuve suerte: yo fui rescatado por los Wright, y por eso sentía una obligación de intentar salvarlos, o por lo menos, hacerlos sentir queridos y valorados. Me siento orgulloso de decir que, en lo que a ellos respecta, di de mí el mejor esfuerzo que mi imperfecta humanidad me permitió. Ellos respondieron a mí con cariño, estudio constante y una tenacidad envidiable para tomar el mundo y hacerlo suyo. Especialmente en la clase de literatura. Mi tesis me había preparado para ser una biblioteca andante de relatos, y los niños hicieron de mí todo un cuentacuentos. Su entusiasmo me inspiró a buscar nuevas formas de mostrarles lo que yo descubrí en la soledad de la biblioteca de mi casa: que, incluso si el destino te ata al suelo, los libros pueden hacerte volar a distantes tierras. Algunas tan reales como el aire que respiramos, otras tan fantásticas que solo pueden existir en la ficción. No fue fácil, pero conseguí que el orfanato me dejara organizar ciclos de lecturas para los niños. Elena y yo ofrecimos nuestro hogar como el lugar, y así nació una

hermosa tradición, donde, por lo menos una vez al mes, recibíamos las visitas de los huérfanos. En esos días, Elena extendía al máximo la producción de fresas para recibirlos con sus famosas tartas, y yo estudiaba durante horas frente al espejo las entonaciones correctas de los cuentos en la lista. A ese primer grupo de niños lo recuerdo a la perfección, pues más tarde se convirtieron en nuestros ayudantes y sucesores. Recuerdo con especial cariño los ojos brillantes de cierta niña inquisitiva llamada Anne que me miraba cautivada en cada una de mis lecturas. Aprendí tanto de ella, de su bondad y su creatividad sin medida, que mantenía a pesar de haber experimentado la crueldad del hombre a tan tierna edad. A veces me pregunto qué fue de ella; tenía dieciséis años cuando la vi por última vez, dejando este lugar para emprender nuevas aventuras junto al amor de su vida, un joven y brillante doctor llamado Gilbert, que también fue mi alumno.

Así, nuestros pequeños eventos fueron tan populares que muy pronto ya no solo eran huérfanos, sino también la gente del pueblo que venía con sus hijos. Al principio, me valí de mis amigos y familia; los Wright y yo nos convertimos en cuentacuentos y reposteros profesionales, todos trabajando en donde se nos necesitaba. John, si no estaba pesando harina, leía historias que hacían reír a carcajadas a todos los presentes; Hubert, tan ocupado, se tomó el tiempo para hablarles de las aventuras del Capitán Blackwright y hornear las galletas de su madre cuando había oportunidad; Martin, que de literatura no sabía nada, se volvió experto en declamar poesía y en hacer compota de fresa; Catherine, cuando descansaba de la cocina, leía historias de amor prohibido que a menudo terminaban con ella llorando y sonándose la nariz; y Elena, además de hacerse cargo de armar las tartas, narraba sus partes favoritas de Orgullo y prejuicio, haciendo suspirar y sonrojar a niñas y niños por igual. Posteriormente, comencé a mandar cartas a todos mis colegas alrededor de Inglaterra y los lugares que visité, pidiéndoles que vinieran a compartir lo que sabían, a maravillar a una nueva generación con sus conocimientos, sus vivencias y sus pasiones. A mi llamado acudieron los suficientes, y con la ayuda de mi familia, convertimos nuestra casa en un lugar de arte, amor y cultura que trascendió la literatura, pues incluso Elena se animó a hacer unos talleres de pintura en cerámica que fueron especialmente populares entre parejas jóvenes y madres acompañadas de sus hijas. A nosotros llegaron músicos, muralistas, cantantes de ópera, dramaturgos, actores, pintores y toda clase de esa gente extraña que se atreve a reimaginar la realidad. Todos, los artistas con su creatividad, los niños con su curiosidad, los adultos con su paciencia y mi familia con su amor llenamos mi hogar, en la cima de la colina, de vitalidad, historias y toda clase de cosas hermosas.

Sí, nuestros días eran muy animados. Sin embargo, los domingos eran de descanso, que siempre pasábamos en la casa de Martín y Catherine. A veces, cuando el trabajo se lo permitía, John coincidía con nuestra visita; en cambio, Hubert estaba muy ocupado y casi no lo veíamos. Sin

embargo, estuviéramos completos o incompletos, siempre nos sentábamos alrededor de la mesa de los Wright. Catherine servía sus maravillosos postres y Martín, queriendo con toda su alma ser abuelo, trataba de convencernos de la bendición de los niños. Elena y yo solo reíamos. No teníamos prisa en apurar el tiempo; estábamos de acuerdo en que un hijo llegaría en su momento, pero por ahora nos sentíamos contentos disfrutando de la vida a su ritmo lento. Era un estado de paz total, donde no pretendíamos entender o adivinar el sentido que cargaba la música de nuestra existencia; solo la bailábamos una nota a la vez. Ella, con su mano en mis hombros, y las mías, en su cintura; con nuestras miradas fundiéndose, las piernas danzando y nuestros labios rozando, combinando nuestros alientos en cariñosas fragancias. Elena lo decía a menudo.

—¿Por qué preocuparme por el futuro si el presente es tan hermoso?— le decía a Martín con un tono risueño. Entonces su madre asentía de acuerdo con nosotros y su padre rezongaba por un rato.

—Además, ya tienen suficientes niños en la casa, ¿no te parece?— decía Catherine, defendiéndonos.

—No es lo mismo; ver su valioso trabajo con esos niños está muy bien y todo, pero yo quiero uno que tenga el cabello, los ojos y las pecas de mi Elena. ¿No sería eso hermoso?

—Lo sería, querido, pero todo a su tiempo. Déjalos disfrutar su juventud —exclamaba, con una sonrisa, imaginando con cariño cómo sería aquel niño.

Por las noches, y más si era verano, solíamos cenar afuera, mirando a las estrellas, sentados sobre la colina, hablando sin parar, descubriéndonos aún más, atreviéndonos a soñar cuál sería el siguiente capítulo en nuestras vidas. Nos íbamos a dormir siempre entrelazados, ella con su cabeza sobre mi pecho y yo con mis dedos entre su cabello rojo. Nos sorprendía el cansancio y luego los sueños, sueños de paz y esperanza. Al día siguiente se repetía, una y otra vez, el mismo paraíso en vida. Me gustaría decir que así continuó siempre. Ambos, Elena y yo, congelados en el espacio, y que solo nuestra inevitable vejez y muerte fueran prueba de que la tierra seguía girando y el tiempo seguía corriendo. Sin embargo, no fue así. El 28 de julio de 1914, la tierra rugió bajo el violento estruendo de la guerra.